

EL REGENERADOR.

PERIODICO OFICIAL.

MEDIO REAL]

AREQUIPA JUEVES 30 DE JULIO DE 1857.

[NUM. 55.]

MINISTERIO GENERAL.

República Peruana—Ministerio General.

EL JEFE SUPREMO.

Teniendo en consideración la necesidad que hay de aumentar los recursos para el sostenimiento de la causa nacional

DECRETO:

Art. 1.º Se establece un derecho de muelle que pagarán todos los buques que se embarquen o desembarquen por el puerto de Islay. La cuota para el pago de este derecho será proporcionalmente la de dos reales por cada seis arrobas.

2.º Todas las mercancías que importen por la Aduana de Islay pagarán un derecho de arbitrio del uno por ciento sobre el valor total de la pólvora.

3.º Los derechos de que hablan los artículos anteriores se recibirán por la Aduana de Islay desde el 1.º del próximo mes de Agosto.

Dado en la casa de Gobierno en Arequipa a 10 de Julio de 1857. Vivanco—P. A. D. M. G.—E. Oñal mayor—T. Pacheco

Orden go. oral del 17 de Julio de 1857.

Art. 3.º En diferentes ocasiones, se ha prohibido por las órdenes generales, que los SS. Jefes de Cuerpos, manden partidas a reclutar. Tan perjudicial abuso, y tan reiterada filias, se han repetido con escándalo, principalmente en estos días, en que se han tenido quejas de este genero. Por última vez, se anuncia esta orden prohibitiva; y su infracción se castigará con toda la severidad y rigor que exige la subordinación y respeto debido a las órdenes superiores.—Es copia del original.—E. Ayudante general.—Gamero.

UNIVERSITARIA.

República Peruana—Universidad de S. P. Padre San Agustín—Arequipa Julio 21 de 1856.

Al Señor Coronel Prefecto del Departamento.

S. C. P.

Estando dispuesto por el Estatuto de esta Universidad, que se fijen carteles y se publique en el periodico oficial el día que debe asignarse un grado de Doctor en la festividad del G. P. S. Agustin, ruego a US. tenga la bondad de ordenar se inserte el correspondiente aviso en el periodico que tenga a bien disponer, a fin de que todos los jóvenes que se consideren acreedores al mencionado grado se presenten oportuna mente.

Dios guarde a US.—Manuel Arredondo Barreda.

GENERAL CASTILLA.

"Ha sonado la hora," dijo Castilla al tiempo de salir para el Norte en busca del General Vivanco y ofreció que en muy pocos días aplastaría la Regeneración. Para el efecto llevó 1400 hombres, que con la division de Laiseca llegaban

a formar un ejército casi cuatro veces mayor que el regenerador. Los vapores acababan de ser apresados por los ingleses y estaba por consiguiente expedita la costa para que desembarcase sus tropas en el lugar mas conveniente. El General Vivanco habia sufrido poco antes un contraste en Trujillo, un motin militar en Chiclayo y a la llegada de Castilla, la traición de Lacotera redujo el ejército de aquel a la mitad de su fuerza, al mismo tiempo que perdió su comunicacion por mar. Todo era propicio para Castilla y tanto que ya no podian desearse mas ventajas para dar una batalla decisiva con la seguridad del triunfo; pero su persona no podia, no se atrevia a arriesgarse sino a la cabeza de 2500 hombres contra 700; no tuvo valor para reforzar a Laiseca con una pequeña parte de la fuerza que llevó, si es que Laiseca necesitaba de refuerzo para defenderse, y seguir él con el resto hasta Paqueta, de suerte que el G. Vivanco quedase sin retirada, entre dos enemigos, cada uno de ellos mas fuerte, y en la inevitable necesidad de aceptar una batalla desesperada cuando y donde hubiesen querido darcela. Muy sencilla era en realidad la destruccion del General Vivanco entonces; pero le faltaban a su adversario dos cosas, la audacia del soldado y la capacidad del General para dirigir bien un plan de ataque y eludir la habilidad de su antagonista. Castilla quiso aproximarse con un gran ejército, hasta donde no corriese peligro, y que su enemigo se disolviese por sí solo aterrado con la imposibilidad de su salvacion; quiso, no alcanzar un triunfo, un laurel glorioso que de nada le serviría, sino la destruccion natural de la Regeneracion fuera del campo de batalla, el resultado positivo valorizable en plata; y de su timidez y de su ineptitud resultó que en vez de "sonar la hora" anunciada por él, sonó la hora de gloria para el G. Vivanco, porque gloriosa y muy gloriosa, tanto como una batalla bien ganada, fué esa retirada del Norte, que no tiene ejemplo en el Perú y que muy difícilmente se repetirá en adelante. En ocho dias anduvo el G. Vivanco con sus tropas mas de cien leguas al traves de desiertos y por entre pueblos sublevados; con tropas insurreccionadas a vanguardia y un ejército enemigo a retaguardia; batiéndose con las avanzadas de Castilla, por un lado, y por el otro, el mismo Jefe Supremo con su escolta, contra las guerrillas de la Huaca; y a pesar de todo esto aumentó su division con treinta y tantas altas de prisioneros tomados en esos encuentros, y tomó no poco armamento al enemigo, sin perder mas que cinco soldados, tres de ellos arrancados de sus filas por la montonera y los otros dos enfermos. La habilidad del General Vivanco para ejecutar este movimiento, el mas difícil de los conocidos en la

guerra, salvó su division y la causa misma, alcanzando un timbre mas para su historia militar. Entre tanto Castilla, teniendo una movilidad superabundante y todo género de recursos para la marcha ordenada de su ejército, mas que todo, la ventaja del que persigue confiado en la superioridad de sus fuerzas, perdió en el movimiento una parte muy considerable de ellas, dejando conocer patentemente su capacidad y aptitudes, la firmeza de sus cálculos, tan bien correspondidos por los hechos. "Sonó la hora, aplastaré la Regeneracion," habia dicho, y no pocos tuvieron fe y esperanza en el viejo fanfarron.

Hoy que ha vuelto a sonar la hora y que Castilla ha dejado por segunda vez la Capital, ofreciendo como de costumbre, hacer prodigios, alucinando con fementidas proezas.—¿qué vendrá a hacer? ¿Lo mismo que en el Norte?

En su necio orgullo ha dicho al salir de Lima: "yo humillaré ese pueblo; cañonearé la ciudad si se resiste hasta que no quede piedra sobre piedra y sobre sus escombros erijiré una penitenciaría para los que salven de mi furor."—¿Ambécil! ¿Se ha olvidado de cuánto es capaz ese mismo pueblo y de lo que con él mismo antes de ahora ha hecho?—El lo ha dicho: LA HORA HA SONADO: la hora de su espionaje, la última hora de su autoridad y es aquí donde viene a dar cuenta de sus acciones, para honra y gloria de los únicos peruanos que no han capitulado con el traidor que ha vendido la dignidad, el honor, la independencia nacional. Venga enhorabuena: lo deseamos con ansiedad, porque el día de su llegada es el día de la salvacion de la República. No es aquí donde Castilla impresionará con aquellas brabatas que le han servido para hacerse temer de los necios que confunden la grosería y rudeza del soldado con el verdadero valor, a merito de lo cual la multitud pronta a dar crédito sin previo discernimiento ha aceptado el título de valiente para el que no es ni ha sido nunca mas que un soldado aturdido, un insolente afortunado. ¿Demasiado erguido tiene la cabeza el pueblo arequipeño y demasiado fuerte es su brazo para que deje hollar su suelo por un viejo estúpido y fanfarron! Ni será la vez primera que Arequipa castigue su arrogancia: aquí mismo, en 1841 ocupó una posición semejante a la de San Roman en Yumina y se jactaba como éste de la seguridad de su triunfo.—Situado Castilla con su ejército en Cachamarca escribia ufano al General Gamarra:—"el enemigo no puede atacarme ni concebirá la idea de hacerlo en las posiciones que ocupé;" y allí mismo fué vergonzosamente derrotado por el General Vivanco y corrió mucho mas que San Roman en Yumina. Esta severa leccion debió tener presente en Arica cuando lo inculcando a su lu-

garteriente dijo que era "un inepto, un cobarde, un traidor," que "venía a quitarle el ejército;" porque no pudo resistir al empuje de nuestros soldados.—Si en Cachamarca, con las fuerzas y las pasiones de la juventud que ya no tiene, le fué preciso buscar su salvación con una deshonrosa fuga—¿será capaz de atreverse ahora a tentar nuestra ira, acometiéndonos con los restos de un ejército que acaba de sufrir un desengaño inesperado y fatal, cuando por la abundancia de dinero, por sus posiciones y por su número se consideraba invencible?—Ojalá su necia vanidad lo ciegue y lo precipite a las tricheras de Arequipa; y ojalá también cumpla esas palabras escapadas a su despecho, destituyendo al General San Roman, que mas de una vez lo ha sacado de apuros dirigiéndole para que se apropie agenas glorias: ojalá venga y venga solo, para que mida con el General Vivanco su capacidad militar y su decantado valor—Pero, ¿dónde encontrará entre todas las inaccesibles posiciones que dominan nuestra campiña una que no esté marcada con la sangre de los enemigos de Arequipa y cuyos recuerdos no le ahoguen?

Ultimamente, el día de su reunión con San Roman, arengando a sus tropas, ha dicho Castilla: "Dentro de tres ó cuatro días estaremos en Arequipa. Si yo les enseñé a los arequipeños a formar trincheras; pero no les enseñé a tomarlas"..... Véase en tan pocas palabras mezclada la insolente mentira con la necia jactancia, poniendo en su ridícula desnudez al menguado que las pronuncia—No es Castilla quien enseñó al pueblo arequipeño a levantar trincheras para repeler a sus enemigos; ni es él quien será capaz de conseguir en tres días, lo que peritos y valientes guerreros no lograron en mas tiempo alcanzar. Risa de desprecio causan semejantes necedades; pero también hierva la sangre al considerar que con ellas se propone alucinar la ignorancia de sus soldados, y que nada mas que con ellas, sostiene esa reputación injusta, usurpada, bastarda, que sus asalareados panegiristas en mala hora le labrarán.

No: Castilla no quiere acercarse; el miedo le detiene; no podrá vencerse a sí mismo para venir a presentarse cara a cara con un enemigo superior por su coraje y enorgullecido justamente por sus victorias, no menos que con su noble caudillo. Allá, a la distancia, buscará los empinados cerros para atrincherarse y aguardar fuera de peligro que muramos por consunción, como el miedo se lo ha hecho imaginar y la necesidad de disfrazarlo lo pone en el caso de decir. Desde la cumbre de las montañas ejercerá toda la ciencia, todo el arte militar que posee, procurando la intriga y la traición a precio de oro, hasta desengañarse de que no es Arequipa donde comprará la entrada envileciéndonos para satisfacer en seguida sus venganzas.

Por mucho que se dilata la actual contienda, estando de por medio la libertad, la honra, el porvenir de Arequipa, que lo son de la nación entera, no llegará jamás el caso de que el valiente arequipeño abandone su fusil al frente del enemigo, cualesquiera que sean las penalidades que lo ago-

vien. Por lo mismo hace bien Castilla en no acercarse a provocar nuestro encono y continuar en su sistema de fanfarronadas que tan buenos efectos le ha producido. Jamás ha dirigido una batalla, jamás ha dispuesto un plan para defenderse, ni es capaz de concebirlo, ni después de la batalla ha podido formarse concepto de ella, como sucedió en la Palma; sus lugartenientes lo han hecho todo por él y para él, la ciega fortuna lo ha protegido, le ha dado el triunfo sin que supiera como:—a la caprichosa fortuna y al terror de los tontos que se dejan alucinar con brabatas, debe este hombre torpe é ignorante, aturrido y atolondrado en la pelea, su infundada é innecesaria reputación. Pero ¿de qué le servirá ahora esa reputación espúrea? No es Arequipa donde su presencia apagará el entusiasmo y convertirá el coraje en humillación. Alucínese enhorabuena con la idea de que sus torpes amenazas bastarán para aniquilar nuestros odios, siga urdiendo las tramas para sus proyectos ambiciosos, siga los instintos brutales de su corazón, tenga fe en ellos, que nosotros también tenemos fe en la pericia, en el valor imperturbable del General Vivanco, y sobre todo, la tenemos en que una fuerza suprema lo arrastra para humillar su soberbia. Claros, muy claros se manifiestan los altos designios de la Providencia: la vida milagrosa de la Regeneración contra la serie de convulsiones mortales que la pusieron en los últimos momentos de agonía; la memorable victoria de Tumbura contra la prepotencia del número y de la naturaleza; la venida misma de Castilla cuando estaba ya derrotado el ejército que nos aschaba, no pueden explicarse de otro modo que atribuyendo todo esto a una decidida protección providencial. Preciso es reconocerlo y confesarlo: Dios se ha servido de la necia vanidad de Castilla, como del mas apropiado instrumento, para castigar el vicio, la corrupción, la irreligiosidad de los peruanos, y ahora que hemos sentido ya todo el peso de tan merecido castigo, se sirve también Dios del pueblo que mejor ha sabido guardar sus mandamientos para librar al Perú de su tirano.—El pueblo mas religioso de la República, el valiente pueblo arequipeño, ES EL ESCOJIDO DEL SEÑOR para quebrantar la cabeza de Castilla. "La hora ha sonado".... Si: ha sonado la hora del triunfo de la Regeneración. † 0 †

EL PREFECTO DE AREQUIPA.

Los Editores del "Comercio" que como viles insectos se arrastran a las emohecidas plantas del Libertador, y que como él siguen el trillado camino de la difamación, prostituyendo la honrosa misión del escritor y las garantías inestimables de la prensa, aun se atreven audaces, a consignar en el número 5388 de II del corriente unas cuantas líneas que parecen herir la bien sentada y conocida reputación de un ciudadano honrado.

Desde luego el Sr. Prefecto que conoce la importancia de semejantes imposturas en las actuales circunstancias, en que las pasiones de partido presen-

tan a los colaboradores de la revolución bajo un prisma odioso y excesivamente desfavorable, y que descansa tranquilo en el testimonio de su conciencia imperturbable, ha mirado con el mas alto desden los inseguros tiros de escritores vendidos al poder. Si las atribuciones de los Prefectos no estuviesen tan claramente detalladas en el sistema de nuestro gobierno representativo, y si el Sr. Berenguel no se hubiera sujetado estrictamente en todos sus procedimientos a las leyes de una rigurosa justicia, tal vez habrían empañado, aunque fuese momentáneamente, esas atrocidades imposturas, a los honrosos antecedentes de nuestro Prefecto que desde su infancia ha fabricado con largos sacrificios el buen nombre que goza entre sus conciudadanos. Pero zen por fortuna limitadas las atribuciones de los Prefectos en cuanto a su injerencia en la inversión de los caudales públicos, y bastante sólidos los fundamentos de su bien merecida reputación para que pudieran removerlos las producciones de libelistas venales.

Muy recientes están los compromisos que contrajo con diferentes casas de comercio cuando desempeñaba la Administración de Islay, y todavía existen en su poder mas de cuatro expedientes, que prueban claramente su zelo y honrado proceder en el servicio público, en un destino que a mas de uno le habría exitado la codicia a favor de la imperfección de nuestras leyes de Aduana.

La historia de nuestra borrascosa política ha fulminado sus tremendos rayos contra los autores de las desgracias en el 51 y no es el Sr. Berenguel quien necesite purificarse de delitos que jamás ha cometido. Le es satisfactorio no haber capitaneado ninguna partida que ofendida en su opinión y con la exaltación del momento, haya causado alguna desgracia, así como le es no haber tenido la mas pequeña parte en la muerte de D. Fernando Arróspide que incauta y maliciosamente le atribuyen los Editores del "Comercio." Si ha tenido la gloria de pertenecer siempre a las honrosas banderas de la "Regeneración" también tiene la de no haberse manchado jamás con latrocinios, saqueos ni asesinatos, como torpemente le suponen los esclavos libertadores.

Todos saben los compromisos que tuvo D. Fernando Arróspide con diferentes establecimientos; y si la conducta suave del Sr. Prefecto para obligarlo a que rindiera cuentas, ha dado margen a que ejerciten en él su zafia, los enemigos de la revolución, sea enhorabuena, no será él quien levante el polvo de los sepulcros para defenderse de calumnias groseras. Descanse el Sr. Prefecto en la pureza de sus procedimientos y en el aprecio de sus

Paisanos.

La que suscribe habiéndose ausentado de esa Ciudad de una manera imprevista, y sin tiempo para despedirse de las Señoritas que se dignaron honrarla con sus visitas; tiene a bien satisfacerlas al presente, implora su indulgencia y ofrece sus servicios en esta Capital de Lima.

Jesus Morales de Rivas.